**VI Conferencia Internacional de Estudios Humanísticos 2023**

**La identidad cubana ante el advenimiento de un orden multipolar: antecedentes y perspectivas**

***Cuban identity and the advent of a multipolar order: background and perspectives***

1-Yuri Fernández Viciedo. Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas, Cuba. E-mail: [yfviciedo@uclv.cu](mailto:yfviciedo@uclv.cu)

**Resumen:**

* **Problemática:** La identidad nacional cubana ha llegado al siglo XXI enfrentada a problemáticas y desafíos heredados del siglo XX. El más importante de ellos consiste en cómo lograr la inserción de Cuba en un marco de relaciones internacionales que neutralicen la influencia económica del bloqueo estadounidense, sin hacer concesiones en materia del sistema político existente y de sus valores nacionales fundacionales.
* **Metodología:** Se han empelado los métodos histórico, lógico y de análisis y síntesis.
* **Resultados y discusión:** El principal resultado consiste en la elaboración de un material de debate acerca del desafío que supone para la identidad nacional cubana el acercamiento de Cuba al grupo de los BRICS y su inserción en el marco de posibilidades de integración global basado en la multipolaridad.
* **Conclusiones:** La inserción de Cuba en un esquema de relaciones internacionales basado en la multipolaridad conducirá a que la identidad nacional cubana se vuelva más flexible y tolerante respecto a las identidades individuales y grupales que la componen, desde la obligación de preservar un núcleo duro de valores nacionales fundacionales que constituyan la base de preservación para el mantenimiento de la identidad nacional colectiva.

***Abstract:***

* ***Problem****: The Cuban national identity has reached the 21st century facing problems and challenges inherited from the 20th century. The most important of them is how to achieve the insertion of Cuba in a framework of international relations that neutralizes the economic influence of the US blockade, without making concessions regarding the existing political system and its founding national values.*
* ***Objective****: The objective of this paper is to assess the risks and perspectives that, for the Cuban national identity, constitute the insertion of Cuba in a multipolar global scenario, with emphasis on the opportunities offered by the emergence of the BRICS.*
* ***Methodology****: The historical, logical and analysis and synthesis methods have been used.*
* ***Results and discussion****: The main result consists in the elaboration of a debate material about the challenge that Cuba's approach to the BRICS group supposes for the Cuban national identity and its insertion in the framework of possibilities of global integration based on the multipolarity.*
* ***Conclusions****: The insertion of Cuba in a scheme of international relations based on multipolarity will lead to the Cuban national identity becoming more flexible and tolerant with respect to the individual and group identities that compose it, from the obligation to preserve a hard core of foundational national values ​​that constitute the basis of preservation for the maintenance of the collective national identity*.

**Palabras Clave:** Cuba; identidad nacional; mundo multipolar; BRICS.

***Keywords:*** *Cuba; National identity; multipolar world; BRICS*.

**1. Introducción**

La identidad nacional cubana ha llegado al siglo XXI enfrentada a problemáticas y desafíos heredados del siglo XX. El más importante de ellos consiste en cómo lograr la inserción de Cuba en un marco de relaciones internacionales que neutralicen la influencia económica del bloqueo estadounidense, sin hacer concesiones en materia del sistema político existente y de sus valores nacionales fundacionales.

Durante las décadas posteriores a 1959 la política exterior de la Revolución Cubana tuvo entre uno de sus objetivos prioritarios la ruptura del aislamiento internacional propiciado por la influencia norteamericana. Ese escenario adquirió niveles de mayor complejidad tras el colapso de la Unión Soviética y la expansión global de un modelo de relaciones internacionales de carácter unipolar, basado en la hegemonía de los Estados Unidos y sus aliados. Las estrategias del Gobierno cubano por recolocar a Cuba en este nuevo contexto –particularmente hostil al sistema político cubano- pasaron por el tamiz de un conjunto de reformas internas orientadas a dinamizar la economía y a un replanteamiento de la política exterior enfocado en esquivar el aislamiento político en el entorno occidental. Tales estrategias optaban por una opción de supervivencia para el sistema político cubano, pero también para el conjunto de valores, códigos y principios nucleares que daban forma y sentido a la identidad de la Nación.

El presente trabajo indaga acerca de las posibilidades y desafíos de la identidad nacional cubana en un contexto futuro marcado por la ruptura del orden mundial unipolar y el advenimiento de un sistema de relaciones internacionales basado en la multipolaridad.

**2. Metodología**

La presente ponencia responde a una investigación teórica, enfocada en la elaboración de un material de debate acerca del desafío que supone para la identidad nacional cubana el acercamiento de Cuba al grupo de los BRICS y su inserción en el marco de posibilidades de integración global basado en la multipolaridad. Para la construcción de la misma se han empleado un conjunto de métodos del orden teórico: el método histórico, lógico y de análisis y síntesis.

**3. Resultados y discusión**

Las décadas de 1991 al 2011 estuvieron marcadas por la emergencia y empoderamiento de un modelo unipolar de relaciones internacionales nucleado en torno a la hegemonía de los Estados Unidos, como única superpotencia global, “vencedora” en la llamada Guerra Fría.

Para Rodríguez (Rodríguez, 2014, p. 33) la característica distintiva de un sistema unipolar es que un actor internacional absorbe a los demás, eliminándolos como agentes internacionales; mientras que Dugin (Duguin, 2015, p. 22) describe la unipolaridad como una fase efímera de las relaciones internacionales, marcada por la transición hacia un orden multipolar. Ambos autores coinciden en la incapacidad del actual orden unipolar para modelarse sobre la base del consenso unánime de la comunidad internacional.

Entre 1991 y el 2011 la existencia de una sola superpotencia hegemónica y de un conjunto de países aliados –muchos de ellos antiguas potencias coloniales- no consiguió disolver el orden internacional multicéntrico heredado del fin de la Segunda Guerra Mundial. En términos militares, los Estados Unidos y sus aliados no fueron capaces de ganar una sola guerra entre 1991 y 2011. El fracaso de la llamada “guerra contra el terrorismo”, materializada en las invasiones contra Afganistán (2001) e Irak (2003), dio al traste con la imposibilidad de someter el orden internacional a la hegemonía de los Estados Unidos y sus aliados. Intentos posteriores por generar zonas de conflicto en el espacio post soviético como el conflicto ruso – georgiano de agosto de 2008, así como el apoyo occidental al *maidán* ucraniano de 2014 que dio inicio a la escalada de un conflicto que ha devenido en una guerra entre la Federación de Rusia y la OTAN en territorio de Ucrania; constituyen ejemplos de las dificultades por las que atraviesa el orden unipolar para sostenerse y extenderse.

De igual modo, los intentos por desestabilizar el Medio Oriente y África Central a través del fomento de agrupaciones terroristas como el Estado Islámico; así como el apoyo norteamericano al conflicto sirio con el objetivo de lograr un cambio de gobierno desde 2012, son la evidencia de más de una década de fracasos para los Estados Unidos y sus aliados por sostener un esquema de orden mundial unipolar. La resistencia de un conjunto numeroso de estados al intento por reordenar el contexto internacional desde bases unipolares, demuestra que la derrota de este empeño no solo ha acaecido en el terreno militar, sino también en el plano ideológico, al no alcanzar el consenso unánime de la comunidad internacional.

La voluntad occidental por imponer un esquema de orden mundial hegemónico no transita solamente por las medidas coercitivas en materia económica contra aquellos estados “indóciles” o por planes de invasión, desestabilización y cambio de gobiernos: es también una cuestión cultural. Lo es porque precisa del consenso y de la aceptación, por parte de las sociedades a las que se pretende “globalizar” en un esquema de unipolaridad. Para ello resulta preciso demoler los núcleos culturales tradicionales de estas sociedades, modelando para ellas una identidad occidentalizada, que facilite el control a través de la asimilación de códigos culturales, aparentemente comunes, que viabilicen la aceptación “natural” del sometimiento y de la pérdida de soberanía. Las bases con las que cada pueblo o sociedad define sus criterios de nacionalidad y nación, constituyen objetivos prioritarios en las guerras culturales de Occidente en pro de crear un consenso universal en torno a la legitimidad del orden unipolar.

La resistencia a la unipolaridad no significa, sin embrago, que este orden no sea un hecho para el mundo actual. Sus dificultades para nivelar las resistencias, no supone que haya agotado sus capacidades de expansión. En todo caso, evidencia que las mismas no son ilimitadas. En palabras de Duguin:

“Vivimos en un mundo unipolar, que es un status quo geopolítico y estratégico. La dominación estadounidense en la esfera militar-técnica sigue siendo un hecho indiscutible. El liberalismo y la democracia liberal siguen siendo una ideología obligatoria a escala planetaria. Occidente aún establece códigos normativos en la esfera de la economía, la política, la cultura, la tecnología y la información…” (Duguin, 2015, p. 32)

La escalada de resistencias a la unipolaridad durante las primeras dos décadas del siglo XXI en el terreno político, económico y militar, ha condicionado el contexto mundial en torno a una nueva perspectiva de distribución geopolítica del poder. El escenario internacional pareciera encontrarse a las puertas de un proceso de reorganización en el cual el poder global se distribuiría en torno a un conjunto de centros de poder, dando lugar a un sistema que la teoría política más reciente denomina como multipolar.

El mapa conceptual de la multipolaridad fue definido durante la primera década del siglo XXI por un conjunto de politólogos en su mayoría rusos. Alexander Duguin en su *Teoría del mundo multipolar* (2012) la define como:

“…la reconstrucción del planeta como un tipo de regionalización completamente nuevo y la fijación de centros de poder. La novedad de este tipo es la afirmación del pluralismo de las civilizaciones a pesar de la universalidad implícita en que se basa el modelo unipolar. Luego sigue la afirmación normativa de las localidades alternativas y su derecho a la diferencia. El pico de la generalización es la afirmación de la pluralidad de civilizaciones coexistentes, (…), permaneciendo en diálogo y formando un pluriverso”. (Duguin, 2015, p. 33)

Esta es una definición que explica la multipolaridad no solo como un hecho geopolítico, sino como un orden basado la coexistencia cultural entre civilizaciones. No supone *per se*, la desaparición cultural de Occidente, sino la proscripción de su expansión.

En opinión de Makarychev “la multipolaridad se entiende como una construcción de centros de poder autosuficientes que poseen amplios recursos materiales y que, o bien se equilibran, o bien se enfrentan entre ellos.” Más adelante este autor sostiene que la misma “es básicamente una cuestión de equilibrio de poder, (…), de gestión de la inevitable diversidad global”. (Makarychev, 2011, p. 26). Como parte del mapa conceptual de la multipolaridad, autores como Martynov han hecho hincapié en que la misma solo puede tener éxito si es reflejo de un espacio civilizatorio (Martynov, 2009). De modo que se trata de un concepto cuyo pilar básico estaría conformado por el equilibrio de poder global asentado sobre la coexistencia civilizatoria de polos de poder.

Desde Cuba, la multipolaridad ha sido definida como un orden “en el que un grupo de potencias emergentes pugnan y actúan en alianzas para lograr una nueva distribución del poder mundial, tratando de poner fin a la coalición encabezada por los Estados Unidos…” (Rodríguez, 2014, p. 32). En opinión de este autor, el advenimiento de un orden multipolar significaría que ningún Estado tendría predominio sobre el Sistema Internacional, al incorporar a un conjunto de países, tanto del Sur como del Norte, en los procesos de desarrollo de la economía mundial (Rodríguez, 2014, p. 34). Para un conjunto de politólogos los BRICS se han convertido en la primera materialización política e institucional de un “modelo en el que civilizaciones diferentes dialogan unas con otras” (Ivashov, 2011, 32).

El contexto geopolítico en la segunda década del siglo XXI se caracteriza por una tendencia hacia el consenso en torno a la construcción de un orden multipolar. El respaldo internacional hacia modelos de integración como el propuesto por el grupo de los BRICS y a iniciativas económicas como la de la Ruta y la Franja de la Seda potenciadas por China, demuestran un consenso global hacia la búsqueda de alternativas a la unipolaridad. El hecho de que 23 naciones (Cuba incluida) presentaran su solicitud formal de ingreso a la organización y que la XV Cumbre de los BRICS desarrollada en Sudáfrica en agosto de 2023 haya contado con la asistencia de casi 70 naciones (incluidos todos los países africanos) confiere sentido a lo expresado por Duguin en 2012:

“…la unipolaridad en un sentido amplio no termina porque haya agotado sus capacidades, sino porque ha expuesto una capa de realidad que horroriza subjetivamente a los creadores mismos.” (Duguin, 2015, p. 33)

En el caso de países como Cuba, cuya identidad cultural y tradición políticas se encuentran fuertemente influidas por códigos de resistencia modelados a través del proceso histórico de construcción de su Estado – Nación y de seis décadas de enfrentamiento al unilateralismo norteamericano; este cambio de escenario plantea una importante oportunidad de integración en un espacio internacional al margen de las sanciones norteamericanas. De igual modo supone un significativo reto político y también cultural: ¿Cómo la cubanidad debería encontrar su lugar dentro del posible contexto multipolar del siglo XXI?

El dinamismo de la política exterior cubana tras el colapso de la Unión Soviética supuso un importante éxito para el estado cubano, que consistió en la adaptación de la política exterior a un nuevo contexto internacional, sin que ello incidiera en la introducción de cambios sustanciales en su sistema político. Ello significó una dura prueba de resistencia para el núcleo duro de valores y códigos propios de la identidad nacional cubana. La práctica de usar las luchas independentistas libradas por los cubanos durante el siglo XIX como referentes legitimadores que debían guiar la conducta de la nación en la difícil década de los años 90 del siglo XX por parte de la dirigencia histórica de la Revolución, constituye un ejemplo práctico de cómo el arsenal de códigos identitarios procedentes del pasado histórico del país, podían servir como instrumentos para la legitimación de una conducta de resistencia nacional en contextos que se presentaban como análogos.

Las tres décadas posteriores al derrumbe del Campo Socialista no transcurrieron para la identidad cubana sin alteraciones, propiciando lo que Pérez Jr denomina una identidad flexible y tolerante hacia la diversidad de identidades individuales internas. Ello constituye un sustrato vital para el proceso de construcción de lo que pudiera llamarse “cubanidad del futuro”, en contraposición dialéctica con lo que Pérez Jr. denomina como “cubano del pasado” (Pérez, 2017, pp.365 – 366).

La diversificación de la política exterior cubana a partir de los años 90 del pasado siglo XX a partir del control sobre el desenvolvimiento y preservación de los códigos nacionales fundacionales, deviene en un valioso instrumento de viabilidad para la inserción de Cuba en un escenario mundial de multipolaridad. Como expresara Serbin en el 2011:

“… Cuba enfrentó el reto de romper con el aislamiento regional y de insertarse pragmáticamente en la economía internacional de un modo tal que sus nuevos socios e interlocutores, no pusieran en cuestión la defensa y preservación de un modelo distintivo, conformado a lo largo de las décadas precedentes”. (Serbin, 2011, p. 231)

Desde sus inicios la política exterior de la Revolución cubana se articuló sobre la base de una visión globalista (casi ecuménica) de la sociedad mundial, con énfasis en el proceso de configuración del llamado Tercer Mundo. Las décadas posteriores a 1959 llevaron a Cuba a mantener una presencia activa y protagónica en la esfera internacional, sobre todo a partir de su apoyo a los procesos de descolonización y a su papel en el marco de organizaciones internacionales contra hegemónicas, como el Movimiento de Países No Alineados. Este enfoque globalista desarrollado desde Cuba recolocó a la Isla de manera exitosa en el plano de las relaciones internacionales, precisamente porque partía de bases conceptuales muy originarias: la defensa de la Nación cubana frente a la política hostil de los Estados Unidos.

La capacidad de Cuba para universalizar este argumento hizo del mismo una variable común a los países del llamado Tercer Mundo, inmersos en sus luchas por la independencia o contra la invasión de potencias occidentales. Esta capacidad de la política exterior de la Revolución para hacer que el conflicto político más importante para su supervivencia específica definiera a una problemática de supervivencia colectiva que amenazaba al resto de los estados en vías de desarrollo, constituyó un éxito globalizador en cuanto a la defensa de la soberanía de los estados y del respeto a la diversidad de las civilizaciones que comparten el mundo.

En el caso de Cuba, la invocación frecuente a un conjunto de valores y códigos modelados a lo largo del proceso histórico de la formación nacional cubana y considerados patrimonio de la cubanidad, sirvieron para legitimar y motivar décadas de resistencia a la hegemonía norteamericana y a su discurso de unipolaridad.

El fin de la llamada “Guerra Fría” amenazó con colocar a Cuba en una nueva situación de aislamiento político en la región de las Américas, mucho más agudo que el sufrido por la Isla en la década de los años sesenta. Sin embargo, en esa misma década, Cuba inició un proceso de reinserción en la comunidad latinoamericana marcado por el multilateralismo, con exclusión de los Estados Unidos y Canadá.

La fundación del ALBA en el año 2004 y el auge de gobiernos de izquierda y centro – izquierda en América Latina, contribuyeron a reconfigurar el mapa geopolítico de la región permitiendo reinsertar a Cuba en un proceso de ampliación de las relaciones, no solo de tipo comercial, sino también político. En opinión de Serbin: “… los logros de este período (…), se han reflejado tanto a nivel multilateral, (…), en un marco de exclusión de los Estados Unidos…” (Serbin, 2011, p. 244)

Un logro muy importante de la política exterior cubana en la región durante las últimas tres décadas radica en que el país ha dejado de ser visto a través de la confrontación heredada de la Guerra Fría. En cambio, se le considera un actor responsable y legítimo en el entorno regional, con independencia de su sistema político. El desempeño de Cuba como país anfitrión y mediador en la solución del conflicto colombiano, es una evidencia de ello y una prueba de la capacidad del estado cubano para generar espacios de cooperación al margen de la acción de los Estados Unidos y sus instrumentos regionales como la OEA.

El proceso de reinserción de Cuba en la comunidad latinoamericana y caribeña desde la creación de mecanismos de integración libres de la injerencia de los Estados Unidos y Canadá, no resultó viable para la eliminación del bloqueo como principal obstáculo al desarrollo del país y como principal adversario de la cubanidad. Sin embargo, el mismo proceso de ruptura del aislamiento cubano, demostró la capacidad de la Isla para incorporarse a escenarios geopolíticos basados en el multilateralismo, sin que ello afecte su sistema político y los núcleos identitarios de la sociedad. Ello dota al país de condiciones particulares –basadas en la experiencia- para su inserción en un escenario global de multipolaridad como el proyectado a través de los BRICS. La incorporación de Cuba a este nuevo contexto en vías de configuración, no significaría el fin del bloqueo económico y de las sanciones norteamericanas, pero colocaría a la Isla en un entorno alternativo, libre de la injerencia de los Estados Unidos y proclive al desarrollo de su economía sin menoscabo de su sistema político y de la cubanidad.

Como posibles ventajas para Cuba, la inserción en un escenario multipolar significaría:

* Debilitamiento (pérdida de influencia) del bloqueo y sanciones norteamericanas sobre la economía cubana
* Apertura de nuevas posibilidades para el intercambio económico no dependientes del uso del dólar estadounidense
* Ampliación del abanico de relaciones económicas y de cooperación al margen de la influencia persecutoria de los Estados Unidos
* Posibilidad para potenciar la exportación de servicios en contextos económicos de mayor diversificación
* Optimización de las potencialidades geográficas del país para la construcción de puentes comerciales que unan las economías euroasiáticas con la región de América Latina

Sin embargo, tal proceso no se llevaría a cabo sin un conjunto de ajustes en materia económica que preparen a la economía insular para su inserción en este escenario y que supondrán un desafío para la identidad cubana en términos culturales.

**4. Conclusiones**

La inserción de Cuba en un esquema de relaciones internacionales basado en la multipolaridad conducirá a que la identidad nacional cubana se vuelva más flexible y tolerante respecto a las identidades individuales y grupales que la componen, desde la obligación de preservar un núcleo duro de valores nacionales fundacionales que constituyan la base de preservación para el mantenimiento de la identidad nacional colectiva.

**5. Referencias bibliográficas**

1. Duguin, A.G. (2015), ***Teoría del mundo multipolar***, Moscú: Rusia, Universidad Estatal de Moscú.
2. Makarychev, A. (2011), Rusia en un mundo multipolar: el papel de las identidades y los “mapas cognitivos”. ***Revista CIDOB d´afers internacionals***, 96 (12), 25-43.
3. Pérez, L. A. (2017). ***La estructura de la historia de Cuba. Significados y propósitos del pasado***. La Habana: Cuba, Ciencias Sociales.
4. Rodríguez Hernández, L., (2014). De la unipolaridad a la multipolaridad del sistema internacional del siglo XXI. ***Cuadernos de Nuestra América***, 24 (00), 32-55.
5. Serbin, A. (2011), “Círculos concéntricos: la política exterior de Cuba en un mundo multipolar y el proceso de actualización”. En Ayerbe, L. F. ***Cuba Estados Unidos y América Latina frente a los desafíos hemisféricos***, Buenos Aires, Argentina: Icaria Editorial, 229-268.